

DOÑA YAYA.

Recién llegada a estas ondulantes sierras nativas, de un verde muy radiante y de curvados caminos pedregosos, donde se desliza suavemente el murmullo de las vertientes hacia el arroyo Miraflores, como si se peinase intrincadas aguas claras.

Es así que me voy asentando lentamente, acunada por el viento de una prometedora y pacífica bienvenida.

¡Así sea! (me dice al pasar doña Yaya); con el mismo sentimiento y reflexión; mi vecina más cercana, invitándome a conocer las costumbres naturales de los pobladores de Villa Serrana.

Soy doña YAYA (dijo), vi que está recién mudada. Estoy a las órdenes de lo que precise (con su tono suave, pausado y tan leve como su andar).

De figura delgada, de espalda doblada; tan arqueada como el mismo peso del trabajo duro del campo; de un tiempo pasado que perdura en su memoria.

Testigo visible de toda mujer rural, noble y aguerrida.

Estamos en una época de aislamiento sanitario (pandemia) y a pesar de ello, y con toda precaución, acepté la preciada y amable charla.

Sentadas frente a frente, una recién llegada de Montevideo; me encontré con una dueña de casa muy firme en su orgullo como mujer, simple sencilla y de natural esencia.

Ella comienza muy entusiasta su charla, para así conocerme y tener luego futuras conversaciones vecinales.

Pero soy yo la sorprendida, nutriéndome de sus experiencias de un tiempo pasado y relatos como primeros habitantes en estas emblemáticas tierras serranas.

Cuenta doña YAYA: Vengo de una familia de 17 hermanos, nacida y criada en el Paso del Álamo; zona muy cercana al Paso de Los Troncos.

Allí, a mis jóvenes años, solíamos ir a los bailes de la escuela 25, donde en aquella época conociera al que fue mi futuro esposo Juan Álvarez; con el cual nos casamos el 03/05/1952.

Casi enseguida nos vinimos a Villa Serrana, donde formaríamos nuestra familia en una humilde casita de barro, detrás de las sierras entre donde hoy está el Ventorrillo de la Buena Vista y el Mesón de las Cañas, donde yo era muy feliz.

Luego nos vendríamos a vivir más cerca del poblado, por motivos del trabajo de mi esposo, que era albañil.

Yo estaba tan a gusto en el ranchito, que no quería mudarme, pero me fui acomodando; tenía que seguir a mi esposo.

¡No me olvido más, la primera noche después de mudarnos! Una fuerte tormenta comenzó y las

aguas sobrepasaron el camino (lo que hoy es camino Coronilla). Esto inundó la casa entrando el agua a todas las habitaciones.

Mi esposo salió a hacer zanjas, todo alrededor; lo que le llevó casi toda la noche. Yo lloraba y quería volver a mi ranchito. Fue duro, pero todo se fue acomodando, y claro; con el tiempo fui feliz acá.

Yo quería trabajar; al principio, él no quería que lo hiciera. Ya sabe cómo era en esos tiempos; pero lo convencí y comencé a lavar ropa para “los pudientes del lugar”.

Tenía una pileta, de aquellas dobles, de material, a la orilla del arroyo; acá cerca de la casa, donde es más angosto y menos hondo.

Colgaba la ropa en cuerdas que se estiraban de rama a rama de árboles o arbustos; hasta que un día una crecida del arroyo se llevó la pileta.

Mi esposo se negó a traerme otra, así que comencé con las limpiezas de 17 casas en total; a veces limpiando una vez a la semana.

Dice YAYA: “¡Sabe! De noche, yo sabía cuando los patrones llegaban a sus casas. Veía como a lo lejos se prendían las luces de las ventanas, y los nombraba. Conocía muy bien la ubicación de sus casonas.

Así fui criando a mis dos hijas, y aunque mi esposo ya no vive; yo de aquí no me voy, hasta que Dios quiera.

La próxima vez que venga; le sigo contando, muy alegre saberse escuchada y entendida no solamente como porta voz de una familia, sino lo más importante; para darle un sentido profundo a su vida y su historia.

Una incansable pionera, junto a su familia; siendo de los primeros habitantes de las serranías de Lavalleja.

Desde mi ventana, se asoman las paredes rojizas de su casa, entre los coronillas que mece el viento; testimonio silencioso de voces, recuerdos y memoria de quien supo habitarla. Una loable vida de una mujer rural. Quedó allí cual farol, indicando el desvío del camino Coronilla hacia el barrio Obrero.

Hoy continúa y proclama otras historias y experiencias. Son esencias de vida que dan alma a Villa Serrana.

Hoy Doña YAYA ya nos dejó y queda solo el recuerdo de quien supo vivir con dignidad y humildad como los primeros habitantes de Villa Serrana - Lavalleja.

En honor a nuestra estimada Doña YAYA: Uruguaya Correa Cortéz 07/08/1930 – 23/10/2022.

Gracias por darnos el privilegio de compartir un pequeño espacio de tan noble vida.

MALUQUI.